



MX

MISIONEROS XAVERIANOS

caritas christi urget nos

Alberto Comuzzi



Luigi Carrara



Morir junto al hermano

Alberto Comuzzi

Morir junto al hermano

Luigi Carrara

Ediciones Xaverianas
Zapopan, Jal.

Colección: Mártires y Profetas de la familia Xaveriana

1. La alegría de vivir, Giovanni Didonè

2. Morir junto al hermano, Luigi Carrara

Primera edición: septiembre 2018

Tiraje: 3000 ejemplares

Título original en italiano:

Luigi Carrara, Pastore vero, pastore buono

Autor: Alberto Comuzzi

Ediciones Xaverianas

A.P. 1-200

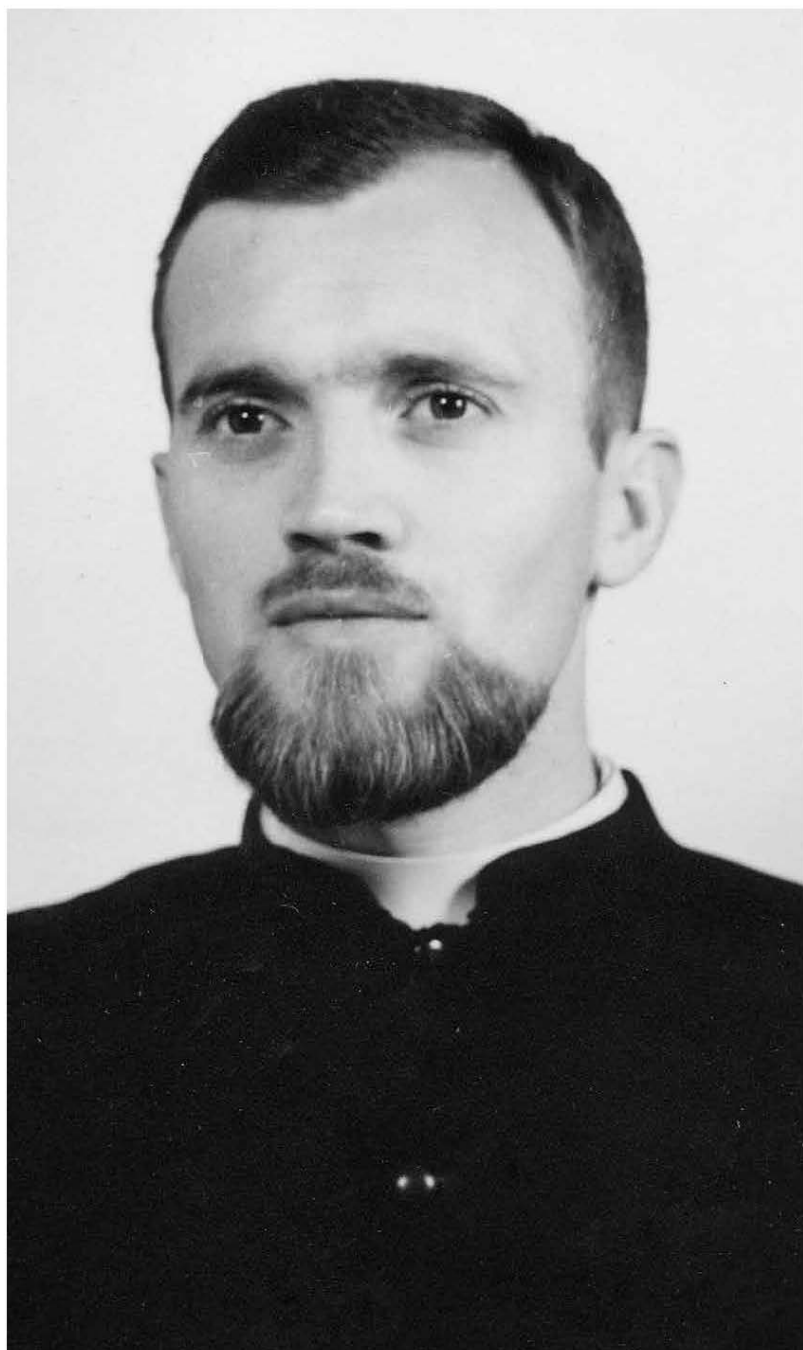
Circuito Medas 500

Fracc. Altamira

C.P. 45160

Zapopan, Jal.

Tel: (01.33) 36 33 33 21



*"¡Oren! ¡Hagan orar!
Ya que como su cristianismo
es fruto de tantas otras vidas,
así este, alcance la plenitud
de la perfección cristiana
lo antes posible,
encontrando vidas
y víctimas requeridas".*

El pelirrojo

“El P. Luigi Carrara, misionero xaveriano mártir de la fe en Congo (Cornale - Bérgamo, Italia 3.3.1933 - Baraka - Kivu, Congo 28.11.1964)”. Estos sintéticos datos biográficos encierran la existencia, breve, pero intensa, de un testigo auténtico del Evangelio. Está esculpido sobre la columna que sujeta el busto de bronce a él dedicado. Es un monumento, discreto en las dimensiones y apartado: situado al lado de la iglesia parroquial. Lo han querido así y erguido justo ahí, en aquel lugar, los conciudadanos del P. Carrara para testimoniarle estima y cariño imperecedero. En el pueblo todavía hay quién lo recuerda con el apodo cariñoso de “el pelirrojo”, que le fue dado por el color rojizo del pelo. “Recuerdo que le gustaba mucho jugar al balón y fue bueno como su hermano Marco”, ha dicho en una entrevista Alberto Carrobbio, compañero de juegos del religioso.

La región de Bérgamo es tierra de fuertes pasiones futbolísticas. Cornale de Pradalunga dista un puñado de kilómetros de Bérgamo, (ciudad del glorioso Atalanta), y todavía menos de Alzano Lombardo, un centro de doce mil habitantes que ha dado un equipo llegado a la segunda división futbolística. Nada extraño, por lo tanto, que el “pelirrojo”, (por su pelo color cobre como muchos chicos bergamascos), se entretuviera con una pelota entre los pies. La tierra Bergamasca, sin embargo, es sobre todo, tierra generosa de creyentes y lugar muy fértil de vocaciones sacerdotales. En relación a la población, la Iglesia de Bérgamo tiene, en Italia, el más alto porcentaje de seminaristas.

La diócesis tiene en su origen a un laico, Alejandro, soldado de la Legión Tebea, el que, aceptando la muerte, (ocurrida entre el 303-305), con tal de no renegar su fe, fue verdaderamente semilla fecunda de cristianismo. La Iglesia de San Alejandro, además, se vanagloria de otra primacía difícilmente alcanzable: ciento cincuenta santuarios marianos. La devoción a la Virgen parece pertenecer al patrimonio genético de los bergamascos. El joven Luigi ha crecido en una familia en la que “fue siempre una bonita costumbre recogernos por la tarde en la cocina para

el rezo del santo Rosario", (son las palabras del hermano Mario). Cuando llegará a ser sacerdote, el P. Luigi confiará su sacerdocio a la Virgen, a quien había consagrado ya su vida de misionero. Hará también una peregrinación a la Virgen de Fontanellato, santuario poco lejos de Parma, dónde los Xaverianos acostumbran confiarle a la Madre de Jesús su propia vida apostólica. En Fontanellato el mismo fundador de la Familia misionera, San Guido María Conforti (1865-1931), ofreció su ministerio a María; ahí obtuvo una gracia particular en bien de su salud. Para entender quién fue y qué ha hecho el P. Luigi Carrara tenemos que sumergirnos - aunque brevemente - en la Italia de los años Treinta.

Tenemos, pues, que referirnos a aquella parte de sociedad rural que pobló el bajo Valle Seriana a los pies de los Orobies Orientales.

Aquel fatídico 1933

Luigi Carrara, (llamado cariñosamente Gino), nace un viernes por la mañana, el 3 de marzo de 1933. Tres días después es bautizado por el cura, don Luigi Minelli, en la iglesia parroquial. Es el séptimo de diez hijos, tres muertos pocos meses de nacidos, como a menudo ocurría en aquella época. La mamá Isabel tenía el peso de la casa, el papá José se ganaba el pan sudando en los campos, algunos situados en el llano, la mayoría sobre las ásperas pendientes de las montañas de los alrededores. En época de alta tecnología, (y de consumismo), es difícil imaginar que pesada era la vida en aquel período.

En Italia, durante 1933, sobre la ola de la crisis mundial del 1929, los desempleados fueron más de un millón. Muchos obreros trabajaban solo 30 horas a la semana. Fracasaron industrias, bancos, empresas comerciales, arruinando millones de ahorradores y trabajadores. Los poderes públicos trataron de intervenir; los Estados se volvieron empresarios, mientras en muchos lugares se registraron casos de hambre colectiva y estallidos de furor. Año grávido de acontecimientos y funestos presagios aquel 1933 en que vino a la luz Luigi.

Dos días después de su nacimiento, el 5 de marzo, se tienen las elecciones en Alemania y los nazis consiguen el 44% de los votos, ayudados también por la oscura depresión en que se encontraba el país. El 27 del mismo mes se hace efectiva la retirada de Japón de la Sociedad de las Naciones. Algún tiempo después Albert Einstein es entre los primeros judíos en emigrar a los Estados Unidos para huir de las persecuciones raciales inauguradas por los nazis. Pero 1933 es también el año del Jubileo extraordinario, después de aquel de 1929. Se trata de fechas que, más allá de las celebraciones, recuerdan momentos cruciales de la historia, unidos a hechos de la época, en su tragedia. Se vivía, en efecto, una fase muy delicada: la Iglesia tenía que moverse entre miles de dificultades, teniendo que enfrentarse con formidables aparatos de poder apoyados por ideologías, (nazismo, fascismo y comunismo), en detonante ascensión. Pío XI, en particular, buscaba el camino de la mediación respecto a la novedad que más de cerca interesaba al papado, es decir, el fascismo, con el cual se encontraba en la delicada condición de huésped. Es en este clima que el inocente Luigi da sus primeros pasos. A los dieciocho meses el pequeño se enferma de pulmonía. La mamá recuerda: "Parecía que también él quisiera partir para el Paraíso. Entonces subí a la habitación para tomar el vestido blanco de su bautismo, mientras algunas amigas lo velaban y oraban en voz alta. Yo también oré en mi corazón al Buen Dios, y le dije que, si me lo hubiera salvado, lo hubiera donado a Él". El Señor - hoy lo sabemos - aceptó la ofrenda de aquella mamá.

Un inquieto ángel custodio

Luigi tiene una infancia serena. Como un niño normal, juega y crece con los compañeros de su misma edad. En las estaciones calurosas corre en los prados que circundan el pueblo; en los largos y fríos inviernos se las ingenia para fabricar rudimentarios trineos y esquís con los que se lanza en las largas nevadas y empinadas pendientes. Según los recuerdos maternos parece que, en aquellos años, el Ángel de la guarda de Luigi hacía bastantes horas extras, visto que, a diferencia de sus otros compañeros, regresaba

siempre a casa con huesos y músculos enteros. A la edad de catorce años, Luigi está listo para entrar en el mundo del trabajo. Los bergamascos prefieren las actividades industriales. No por casualidad están entre los mejores obreros y técnicos en el campo de la construcción. Así los padres de Luigi se dirigen a los amigos de la zona, para que tomen consigo al hijo para enseñarle una profesión. En aquellos años, sin el aprendizaje en un taller de artesano, en una fábrica, en un despacho, o en una tienda no se entraba en el mundo del trabajo. Cuando parecía ya haber encontrado una ocupación para Luigi, por la casa Carrara pasó, por casualidad, el vicario de la parroquia, don Hércules Ferri. "Miren que su hijo quiere ser misionero", revela, sin muchas palabras el sacerdote. Los padres, más incrédulos que perplejos, van a pedir consejo al párroco, don David Brugnetti. La noticia lo encontró desprevenido porque Luigi nunca le manifestó semejante intención. La mamá todavía recuerda: "Luigi nunca nos manifestó, nunca nos dio señales de tal intención. No había en él señales de una particular piedad, a excepción de aquella devoción, común a tantos buenos chicos de su edad".

En sintonía con don Brugnetti los padres deciden sugerir a Luigi, incluso que sea cura, pero diocesano. En otras palabras lo invitan a entrar al Seminario de Bérgamo. La respuesta de Luigi es contundente y no da lugar a ninguna otra alternativa: si fuera obligado a obedecer, en cuanto le fuera posible, dejaría el seminario diocesano y se iría de misionero.

¿Qué hacer? Papá y mamá Carrara se preguntan. No sin desconfianza deciden favorecer el deseo de Luigi. Colocan unas prendas y un poco de papelería en una pequeña maleta que es entregada en manos del decidido hijo. Acompañan a Luigi a Pedrengo, donde los Xaverianos tienen exactamente un Instituto para los chicos deseosos de ser misioneros. Aquellos muchachos, futuros misioneros, que cantan "allá lejos la palma gloriosa del martirio nosotros suspiramos", en la zona se les conoce como "apostolinos". Actualmente el instituto se cambió a una sede más amplia en el ayuntamiento de Alzano Lombardo.

"Justo ahí en Pedrengo confié a mi pequeño al P. Eugenio Morazzoni, un misionero que se presentó con su alta figura y barba blanca", es todavía mamá Isabel que recuerda. "Naturalmente la separación me fue dolorosa, es inútil esconderlo. Me acuerdo que después de haberlo besado por última vez, salida del cancel, me paré a espiar entre las barras los movimientos de Luigi, hasta que, rodeado por otros chicos desapareció en la casa. Retomé el camino de regreso, pensando que al fin y al acabo, lo volvería a ver a menudo, porque Pedrengo no está en el fin del mundo. Efectivamente, siempre había alguno de la familia que lo iba a visitar. Poco a poco, también con la ayuda de mis hijas y el párroco, me convencí que, quizás, Luigi había elegido lo mejor y que yo tenía que ayudarlo de todas formas para que viviera santamente su vocación".

La gloria de don David

Cuando Luigi llegó a Pedrengo, en la escuela apostólica, (así llaman los Xaverianos al seminario menor para subrayar el adiestramiento al apostolado entre los no cristianos), estudiaban unos ochenta seminaristas.

Es el otoño de 1947 y el aspirante misionero tiene poco menos de quince años. El joven causa una óptima impresión en los superiores, "aunque hizo un poco de sombra a los demás apostolinos, por su altura y robustez", como testimoniará algún año más tarde, el P. Eugenio Morazzoni, rector de la comunidad xaveriana de Pedrengo. Luigi acepta la disciplina de la casa y también el ritmo del estudio, para él particularmente duro en un principio, habiendo tenido que abandonar los libros después de la escuela primaria. Sea por la edad, superior a la de muchos otros muchachos, sea por sus capacidades, pronto es nombrado sacristán y maestro de ceremonias de la comunidad.

Tareas que recibe con diligencia y pasión a pesar que le impongan sacrificar buena parte de su tiempo libre. Luigi no es de muchas palabras, parece, más bien, bastante tímido sea en comunidad, sea en las clases. Por el contrario, en los encuentros perso-

nales con el rector se muestra desenvuelto: habla, hace preguntas, demuestra gran interés y voluntad por aprender. En fin, es de veras un chico juicioso.

En cuanto a su tensión hacia la vida contemplativa la confirman varios testimonios de compañeros, parientes y profesores. De él, el P. Julio Brugnetti, misionero del Pontificio Instituto Misiones Extranjeras, ha dicho: "He tenido modo de ver a Luigi, cuando era clérigo y de sacerdote: fue realmente edificante. Fue satisfacción y gloria de don David, su cura. En la iglesia parecía estar absorto: de rodillas, con las manos apenas juntas apoyadas al banco, derecho como un mástil en su estatura esbelta. A veces, y, solo después de la Comunión, o de sacerdote, después de la santa Misa, con los codos apoyados al banco y la cabeza entre las manos, parecía que viera a Jesús. Yo lo admiraba y me alegraba. ¡Cuántas horas de adoración por la tarde de sus días de vacación!". Sobre la misma línea están las palabras del rector, el P. Eugenio Morazzoni. "Estaba acostumbrado a la oración", ha subrayado el misionero. "A menudo se iba a la capilla para orar, a hacer limpieza, a reordenar los vasos de las flores. Aquel parecía su lugar ideal".

Luigi no amaba el chismorreo y el alboroto. Si rehuía ciertos recreos ruidosos, no obstante, participaba casi siempre a los partidos de fútbol, como árbitro. En esto mostró autoridad, tanto que sus compañeros deseaban que él los arbitrara. Era decidido y atento: estudiaba las reglas del juego, como estudiaba la Liturgia que le fue confiada. Era querido por todos, también porque se prestaba, de buena gana a pequeños servicios muy frecuentes en la vida de los institutos religiosos. Muchas veces fue visto en la cocina para limpiar hortalizas o mientras ayudaba a los compañeros a terminar algún trabajito. No perdía el tiempo. Al finalizar la Secundaria Luigi, tiene un momento de incertidumbre: ¿tendría capacidad para superar los estudios de la Preparatoria?

La duda lo lleva a confiarse con el P. Eugenio Morazzoni. El encuentro se desarrolla, más o menos, en estos términos. "Reverendo Padre, usted sabe cuánto estoy decidido a donarme a

las misiones para toda la vida", dice Luigi. "Temo, sin embargo, no poder con el estudio del griego. A lo mejor es oportuno que no insista en los estudios para llegar a ser sacerdote, me limitaría a la vocación de hermano misionero". El P. Morazzoni, que ve en él óptimas cualidades espirituales, suficientes capacidades intelectuales y, sobre todo, buena voluntad, lo anima sobre sus indiscutidas cualidades.

De acuerdo con el Padre General, el superior de Pedrengo envía a Luigi a la comunidad de las vocaciones adultas, que estaba entonces en Poggio San Marcello. Ahí, como escribirá más tarde el P. Morazzoni, lo volví a ver muchas veces, incluso lo volví a ver también en Bachillerato, en Desio, y siempre lo encontré sereno y contento". Como entre los apostolinos de Pedrengo, antes, y en la comunidad de las vocaciones adultas, después, Luigi se hace notar en el estudiantado teológico de Parma por su serenidad y mansedumbre, además por el intenso espíritu de piedad. "Se había ofrecido voluntariamente para el cuidado de la capilla del instituto", son palabras del P. Martino Cavalca, superior del estudiantado, "y ponía mucha diligencia y amor para que los utensilios sagrados siempre estuvieran en buen orden. A esta particular tarea dedicaba con gusto buena parte de su tiempo libre".

"Muchas veces, pasando por la capilla, lo veía arrodillado delante del altar del SS. Sacramento, con expresión de gran fe". Un episodio emblemático describe bien a Luigi en los años de los estudios superiores en Parma, dónde le fue confiado el doble encargo de prefecto y jefe de sacristanes. Así lo cuenta el P. Juan Castelli, en aquel entonces, Superior General de los Xaverianos.

Confiado a las mejores manos

Un día llega a mi cuarto y me dice: "Padre General, iglesia nueva, candelabros nuevos, mármoles y bronces... todo bonito, pero tenemos un atril que da pena". Lo cargué de inmediato conmigo en el coche y fuimos rápido con el Sr. Orcesi. Una vez entrados en la tienda, le dije: "Ahora tú eliges el atril más bonito

que encuentres". Eligió el que le pareció el más bonito y precioso. Estaba feliz como una pascua. ¡Parecía que le hubiera hecho un regalo personal!". A Luigi no se le hizo ningún descuento en su formación: catorce años tenía que durar su preparación al sacerdocio y catorce años fueron.

Los días que precedieron a la fecha de la ordenación los vivió con gran serenidad. "Me encuentro en Bassano del Grappa para los Ejercicios Ignacianos", escribe Luigi en una carta a los familiares, un mes antes de ser ordenado. "Esta mañana, después del desayuno, en camión, hemos ido a Riese, pueblo natal de San Pío X. Esta tarde retomaremos los Ejercicios hasta el 18 de septiembre. Yo estoy muy bien. Son días muy bonitos, de tranquilidad y de paz. No piensen que sea quien sabe qué, porque se equivocarían en todo; de todas formas sigan orando porque la oración es siempre muy útil". Luigi es ordenado sacerdote el 15 de octubre de 1961 por Monseñor Dante Battaglierin, misionero xaveriano, primero en China y luego obispo de Khulna en el Pakistán Oriental (hoy Bangladesh).

La ceremonia se celebró en la capilla de la Casa Madre de Parma, presentes padres, parientes y amigos. Como los demás Xaverianos sacerdotes recién ordenados, el P. Luigi - ya lo hemos recordado - va enseguida en peregrinación a la Virgen de Fontanellato, poco lejos de Parma, para encomendar su sacerdocio a la Virgen. Sabemos de esto porque él mismo lo relata en otro escrito a la familia: "Esta mañana, 16 de octubre, he ido a celebrar mi primera Misa al santuario de la Virgen de Fontanellato. Con esta misa he puesto bajo la protección de la Virgen toda mi vida de sacerdote-misionero y conmigo a todos ustedes, mi familia. Me parece que no se podría confiar a mejores manos". En la misma carta hay, además, un paso revelador del ánimo del joven misionero.

Es interesante subrayarlo por su desconcertante transparencia. "Antes de acabar quisiera decirles, (se refiere a sus papás) una cosita que había decidido decirles ayer, pero que luego se me olvidó. Me refiero a los libros.

Si ya los compraron, ni modo, amén. Si no, pudiendo, comprenme los que tienen marcados en el folleto con los números 1 y 2. Los demás no los compren, porque son más para estudiosos que para los pastores, nosotros, mientras, tenemos que ser verdaderos pastores. Pero si ya los compraron, o alguna buena persona los quisiera regalar, déjenlo. Querrá decir que si no me sirven a mí, podrán servir a mis cohermanos misioneros". "Nosotros tenemos que ser verdaderos pastores", afirma, pues, el recién ordenado misionero.

Esto significa que en el P. Luigi la conciencia de ser sacerdote, viene antes de la de ser un sacerdote "especial", completamente comprometido con la evangelización de los pueblos lejanos. La enseñanza del evangelista Juan indudablemente fue asimilada por él: "Así la Iglesia es el rebaño, cuya puerta, única y necesaria, es Cristo. Es también el rebaño, del cual el mismo Dios ha preanunciado que sería el pastor y cuyas ovejas, aunque gobernadas por pastores humanos, serán continuamente conducidas a pastar y nutridas por el mismo Cristo, el Pastor bueno y Príncipe de los pastores, quien ha dado su vida por las ovejas".

En el mes de octubre de 1961 y en el mes de septiembre del 1962 los habitantes de Cornale de Pradalunga festejan a su ilustre conciudadano dos veces. En octubre por la celebración de la primera Misa solemne; en septiembre por la inminente salida hacia la tierra de misión. En ambas circunstancias no hubo familia del pueblo que no se hubiese hecho representar de por lo menos un miembro.

La fiesta de adiós fue todavía más calurosa y preparada en los mínimos detalles por los sacerdotes de la parroquia y las religiosas que cuidaban la *escuela materna*. Para saludar al misionero la gente se reunió en el teatro del oratorio, que se reveló, en aquella ocasión, insuficiente para contener a todos. El P. Luigi y los invitados tuvieron que subir sobre al palco por una puerta lateral. Está acción, evitó que la gente lo apretujara, y que los amigos y conocidos tuvieran la posibilidad de cargarlo en hombros.

¡Por fin se parte!

"¡¡¡Alégreñse, gocen, exulten conmiyo ya que debo comunicales una gran noticia y un gran regalo!!!

¡La destinación por fin ha llegado! ¡Congo me espera! ¡1961 me ha visto a sacerdote, 1962 me verá en misión! Llamado a cuidar la viña del Señor, a trabajar directamente en el campo más bonito, más prometedor, más necesitado". Con estas palabras el 1º de enero de 1962, el P. Luigi comunica a los familiares la noticia de su destino. Pasarán, sin embargo, otros ocho meses antes de la salida: las ordenaciones sacerdotales se celebraban durante el último año de teología; era necesario terminar el año escolar, presentar los últimos exámenes... El P. Luigi alcanzará su misión, en la diócesis de Uvira, hasta el 12 de septiembre de 1962.

Cuando llega al Congo, el joven misionero encuentra un país en el que el cristianismo, al menos en algunos territorios, ha sido anunciado desde hace casi cinco siglos. En efecto, en 1483, cuando los primeros portugueses comparecieron en aquella región de África, se preocuparon, ante todo, de evangelizar a las poblaciones, empezando por la dinastía del rey que se volvió cristiana en 1491. Hacia finales del siglo XVI, cuando la trata de los esclavos se convierte en una real industria, (los portugueses surten cantidades cada vez más grandes de hombres para los plantíos de Brasil), el reino del Congo se transforma en un campo de salvaje cacería en el que se lucha ferozmente contra todas las tribus.

En 1660, después de una inútil tentativa de expulsar a los portugueses, el reino del Congo es destruido prácticamente, como entidad política y como agregado social. Los acontecimientos del país y de África en general, en los siguientes siglos, en particular a partir de la segunda mitad del siglo XIX, se identifican sustancialmente con los de la colonización europea. A finales del ochocientos, el Congo se convierte en un territorio colonial por iniciativa personal del rey de Bélgica, Leopoldo II, que supo valerse de la obra de uno de los más grandes exploradores africanos del tiempo, Henry Stanley. En el congreso de Berlín de 1884, Leopoldo

II fue reconocido como soberano del Estado independiente del Congo. En 1908, el nuevo país se convierte en colonia belga. Al estallido de la Primera Guerra Mundial, el Congo es el centro de las operaciones anglo-belgas que llevan primero a la conquista de Camerún y después a la defensa de Rodesia. Después de la Primera Guerra Mundial a este dominio se le agrega, bajo la forma de mandato, el doble territorio de Ruanda y Urundi, al oeste de la línea de los lagos, entre Kivu y Tanganica. Durante la Segunda Guerra Mundial el territorio congoleño, fiel a Bélgica, fue la única base de la soberanía belga después de la ocupación alemana, y en víspera del reconocimiento del gobierno belga en el exilio, fue objeto de un acuerdo con Inglaterra, febrero de 1941, para aprovechar conjuntamente los ricos yacimientos mineros.

En 1960, el Congo llegará a producir el 75% de diamantes industriales del mundo, el 75% de radio, el 60% de cobalto, el 15% de diamantes para joyería, el 15% de estaño, el 8% de cobre, el 3% de cinc, el 2% de oro. A pesar de esta riqueza – concentrada, sobre todo, en la región de Katanga – el 80% de la población, alrededor de 11 millones de personas, vivía en condiciones de extrema pobreza. Para tener un parámetro de referencia, hoy la República Democrática de Congo cuenta cerca de 49 millones de habitantes y una renta nacional bruta, pro cápita, de 130 dólares estadounidenses, mientras Italia, con 57 millones y medio de habitantes, tiene una renta pro cápita bruta de 19.880 dólares. 1960 será también el año de la independencia del Congo, alcanzada dos años después del nacimiento de la Comunidad franco-africana de 1958, esto favorece las instancias independentistas del país. A la independencia, sin embargo, el Congo llega completamente desprevenido, sin estructuras políticas, administrativas, técnicas y económicas; el tejido colectivo del país fue dado solo por las uniones tribales.

Con base tribal, en efecto, se formaron los partidos políticos, a excepción del Movimiento Nacional Congoleño (MNC), capitaneado por Patrice Emery Lumumba. Hubo una revuelta del improvisado ejército congoleño capitaneado por J-D Mo-

butu, pocos días después de la independencia. Esto fue pretexto para un regreso armado de los belgas, quienes favorecieron la secesión de la rica región del Katanga, feudo de la compañía minera Union Minière, para conservar todavía el control y explotar sus recursos. Poco después también la provincia del Kasai proclamó la secesión.

Al mismo tiempo el jefe del estado, Kasavubu y el presidente del Consejo, Lumumba, abrieron un conflicto abierto y el país se precipitó en el desorden más completo. Fue requerida, por lo tanto, una intervención de las Naciones Unidas, quien mandó un contingente de fuerzas armadas, que se reveló totalmente inadecuado para restablecer la paz. Un acuerdo de hecho entre Kasavubu, Mobutu y M. Ciombe, líder del Katanga, llevó a la desautorización del jefe del gobierno, Lumumba, ferviente partidario de la independencia y de la unidad del Congo. En febrero de 1961 se publicó la noticia de la muerte de Lumumba, asesinado, por cuanto resulta, por hombres de Ciombe.

En agosto del mismo año se llegó a la formación de un gobierno encabezado por C. Adula, con el cual Naciones Unidas esperaba restablecer el orden en el país. El Secretario General de la ONU, D. Hammarskjöld, fue personalmente al Congo pero el viaje le costó la vida, perdida en un misterioso accidente aéreo el 17 noviembre de 1961. Es del mismo mes la tragedia de Kindu, provincia de Kivu, donde trece pilotos italianos en misión de la ONU fueron asesinados por los rebeldes congoleños. Después de haber descargado víveres y otros insumos de subsistencia, toda la tripulación fue atacada y masacrada dentro del aeropuerto. Se insinuó que parte de los cuerpos de algunos desdichados militares fue vendida en el mercado de la ciudad. Un monumento, en el área frente al aeropuerto Leonardo Da Vinci de Roma, recuerda el episodio y a los desdichados pilotos.

A pesar de los bárbaros asesinatos, la iniciativa de la ONU no se detuvo. Más bien, se intensificó la acción diplomática con el gobierno ilegal de Ciombe, sin alcanzar, sin embargo, resultados apreciables. Por fin la situación se desbloqueó con el cuerpo

de expedición internacional (ONUC) que puso término a la secesión de Katanga ocupando, en enero de 1963, la capital Elisabethville y toda la provincia.

Los dieciocho meses que siguen son cruciales para la crisis congoleña. Es este, en efecto, el período en que el nuevo primer ministro Adula, que saldrá de escena en junio de 1964 cuando se retira el contingente de la ONU, intenta solucionar los problemas más urgentes: la pacificación interior, la estabilidad del gobierno, el saneamiento económico. Para reavivar la economía, Adula abre negociaciones con Nigeria, con la Comunidad económica europea y con varios Países occidentales para conseguir préstamos y asistencia. A pesar de sus esfuerzos el nuevo primer ministro no logra impedir que la oposición, de inspiración lumumbista, se transforme en endémica guerrilla en vastas zonas nororientales del país.

La actividad apostólica del P. Luigi Carrara se desarrolla en este período y en este contexto. Los acontecimientos de los que será protagonista se tienen que leer e interpretar teniendo como fondo este escenario histórico local e internacional.

Sumergido en la nueva cultura

En el Congo en que el padre xaveriano se sumerge con mucho entusiasmo, (lo veremos más adelante), son muy evidentes las diferencias culturales: casi cuatrocientas tribus. La mayoría son de origen bantú. En los territorios, confiados a los Misioneros Xaverianos, son numerosos los Banyarwanda entre ellos, los Banyamulenge, tristemente famosos por la guerra del Congo de 1996 y por la actual.

Son ruandeses emigrados al Congo desde el siglo pasado. La organización política no corresponde ciertamente a los cánones de nuestras estructuras pero, no por esto menos homogénea; más bien estas responden a las necesidades y convivencia de la tribu. Predomina, en cambio, la organización del clan, como también la descendencia patrilineal, con la herencia al hermano menor, en lugar del hijo mayor.



Luigi y su familia.



1961, Luigi el día de su ordenación sacerdotal.



Luigi delante de la Virgen en Fizi.

Muy desarrolladas están las sociedades secretas, algunas de las cuales están dedicadas al culto de los muertos. Los antepasados son recordados y venerados como los que han dejado a las jóvenes generaciones la ciencia del vivir y los que los pueden defender de los espíritus malignos. La creencia en estos espíritus es la razón del miedo y las prácticas mágicas difundidas entre la gente. También por esto la religión católica tiene dificultad en ser anunciada.

A pesar de que los terrenos fértiles alcanzan el 21% de todo el territorio, solo el 1% es cultivado. La agricultura, todavía no sustentada por medios mecánicos, está orientada sobre todo a cubrir las necesidades alimenticias locales. Los principales productos son: sorgo, mijo, maíz, mandioca, camote, plátano, cacahuate, ajonjolí y arroz. A la mujer se le confía todos los trabajos del campo, salvo la labranza; la cría de animales, por razones climático-ambientales, se limita a la cabra y al cerdo.

Los rebaños de bovinos, escasísimos, se encuentran, en efecto, en pocas zonas de montaña. ¿Por qué el P. Luigi Carrara es enviado justo en aquella zona del Congo? Al interrogante el mismo misionero contesta en una de las muchas cartas escritas a sus papás. "Me han dicho que hasta 25 mil Banyarwanda están entrando en la diócesis de Uvira, porque expulsados de su patria, el obispo Monseñor Danilo Catarzi exactamente nos espera a nosotros, no teniendo a quién mandar entre ellos. También al Sur, desde hace seis años, piden misioneros. Siempre se contestó que no, pero ahora parece que uno de nosotros será enviado a ayudar a aquellos misioneros nuestros, agobiados desde hace mucho tiempo por tanto trabajo apostólico. Se trabajará con un padre más anciano y experimentado en la vida misionera y así nuestra inserción en el apostolado será más fácil y segura".

En el viaje en avión hacia Congo, con escala en Atenas y llegada a Usumbura, (ahora Bujumbura), capital de Burundi, vía Nairobi, el P. Luigi tiene como compañeros de viaje a los cohermanos José Veniero, de la diócesis de Sorrento (Nápoles) y José Arrigoni de Civitella de Romaña, diócesis de Sarsina, (For-

lí), quienes fueron ordenados sacerdotes con él y destinados a la misma misión.

En Usumbura -que dista pocos kilómetros de la frontera con el Congo y de la región del Kivu, en el que está situada la diócesis de Uvira- los Xaverianos tienen un lugar de llegada en la administración general de los Padres Blancos. La descripción de la última etapa de vuelo de Nairobi a Usumbura parece sacada de un manual de crónica periodística, por lo rica que es de informaciones. "El avión esta vez es a hélice ya que los de a reacción no tienen todavía el campo apto para el aterrizaje", escribe el P. Luigi. "Vamos a 350 kilómetros por hora, altura aproximada 4.000 metros. Atravesamos todo el lago Victoria, el lago más grande del mundo. En la orilla opuesta yace Entebbe. Nos paramos 44-45 minutos, es la escala técnica prevista por las normas de seguridad del vuelo. Dentro de una hora, al fin, estaremos en Usumbura

Son las 11.15; nuestro vuelo ha terminado. Aquí apenas bajados del avión encontramos a tres padres de los nuestros quienes nos llevarán a Uvira, centro de nuestra Misión y sede de nuestro obispo, Monseñor Danilo Catarzi, actualmente en Italia para el Concilio. Subimos en dos carros ya listos y, después de una breve visita a uno de nuestros padres, hospitalizado desde hace algunos días en el hospital de la ciudad, lo recogemos y pasadas dos fronteras sin problemas, la de Burundi y la del Congo, llegamos a Uvira".

Por fin, para el P. Luigi, se hace realidad el estar en África.

No se asombre el lector: desde el aeropuerto de Fiumicino, en Roma, el misionero y los dos cohermanos salieron hace dos días.

Su viaje duró poco menos de 48 horas y, entre los adioses de despedida, las escalas y las esperas en los aeropuertos, los cambios de presión atmosférica, de clima y pasos varios de frontera, despertó, ciertamente, más de una emoción. Hoy el mismo viaje, desde Milán, no duraría más de siete horas. ¿Cuáles son las primeras impresiones del P. Luigi? Leámoslas en una de sus

primeras cartas escrita desde África: "Calor discreto, no excesivo, creía peor; negros refulgentes, no excesivamente vestidos como nosotros, por otra parte, en los meses calientes, numerosas chozas, también en el mismo Uvira que se jacta del título de ciudad. Almuerzo de primera; al final, se comprende, plátanos en abundancia, no como plato principal".

Con la evidente finalidad de aclimatarlo, los superiores mandan, los primeros meses de África, al P. Carrara a muchas misiones: Uvira, Usumbura (Burundi), Kalambo, por citar solo algunas desde las cuales mandará correspondencia a la familia. Mientras tanto al joven misionero se le imparten otras lecciones de francés, (profundizando las aprendidas en los pupitres del Seminario en Parma), lecciones de swahili, la lengua hablada en Congo (excluyendo) naturalmente, la miríada de dialectos locales.

El misionero es puesto también a un régimen alimenticio robusto: "Siguen haciéndome comer, porque, dicen, que estoy demasiado delgado y en África hace falta ser robustos". La alimentación abundante para un occidental, en África, tiene su razón de ser. Si no se alimenta, aunque el clima sea bueno, no es nunca el respirado en Europa. La falta de comida o la calidad inadecuada de los alimentos lleva al debilitamiento orgánico, y de aquí, el paso es breve, a la malaria. Es por esto que entre los misioneros de África está prohibido mortificarse en la comida. El riesgo de enfermarse, en efecto, era alto; y un misionero enfermo estaba destinado, después de muchos sacrificios, a fracasar en su objetivo: anunciar la Palabra de Dios a quién nunca la escuchó.

Siempre por medio de la correspondencia con la familia se puede reconstruir la actividad misionera que el P. Carrara logró desarrollar desde diciembre de 1962 hasta el día de su asesinato el 28 de noviembre de 1964. Los dos años pasados entre los congoleños han sido para el misionero extremadamente laboriosos. Junto a la alegría, profunda, sincera que le dio su ser misionero, de los escritos del P. Carrara se trasluce de modo evidente la conciencia de que la tarea que se le confió no era fácil.

En él es constante la petición de oraciones para que el Señor esté siempre cerca. Sereno, pero consciente, deja percibir, sin embargo, que es lo que lo preocupa: "Aquí es todo un mundo por rehacer. Todos aquellos que no han vivido, por lo menos un poco en el mundo no cristiano, no saben qué es el paganismo aunque lo hayan estudiado. Solo aquí se puede comprender, por cuanto nos es comprensible, la gracia que el Señor nos ha hecho haciéndonos nacer en un país cristiano". Vemos entonces -sacrificando el orden cronológico de los acontecimientos- la experiencia viva del P. Carrara en África.

El 9 de diciembre de 1962, por fin, está en su primera misión en Baraka. Además del P. Luigi, componen la comunidad los padres Mario Giavarini, superior, José Veniero, (llegado a África con el P. Luigi) y cuatro Xaverianos hermanos. Mirando por la ventana, el P. Carrara abraza con la mirada a Baraka que se extiende a lo largo del gran lago Tanganica. Posición encantadora la de la misión católica. La casa está situada sobre la colina a tres kilómetros del lago y de la aldea. Sin embargo, un poco aislada del centro y del área comercial. Únicas construcciones cercanas son las escuelas Primarias y dos salones de Secundaria. Estas escuelas las administra la comunidad católica, pero aceptan a todos: en la Secundaria prevalecen alumnos católicos, en Primaria los protestantes, musulmanes y, sobre todo, animistas.

Todas las mañanas los muchachos suben la colina y muchos de ellos después de haber recorrido 6-7 kilómetros a pie. Comen por la mañana y por la tarde cuando regresan a su casa.

En la Secundaria enseñan cuatro hermanos Josefinos, miembros de una joven Congregación ruandesa: acompañan a los padres italianos. La temperatura en Baraka oscila entre los 22-23 grados por la noche; los 30 durante el día en las horas más calurosas. Normalmente el sol se levanta a las 5 y se oculta a las 18.30, concediendo, por lo tanto, poco menos de catorce horas de luz al día. Contra los mosquitos, especialmente por la noche, el único remedio eficaz son las mosquiteras en las ventanas. De día, los in-

sectos no son un problema. Las aldeas, alrededor de la misión, viven predominantemente de la pesca: las aguas del Tanganica, en efecto, especialmente en la parte frente a Baraka, es ricas de una infinita variedad de peces, algunos de los cuales alcanzan un kilo.

En la zona no hay selvas; el terreno es fértil, "pero - esta es la impresión del europeo- la gente no ama mucho trabajar", son palabras del P. Carrara.

¡El ritmo es diferente, la temperatura es diferente y diferente, muy diferente el salario! Los ritmos de los campos y, sobre todo, los ritmos de la selva no son tan frenéticos como en nuestra cultura que pone el trabajo y el dinero antes que el hombre.

El misionero xaveriano cuenta de venturosos y extenuantes viajes en barco, en coche y hasta a pie, exactamente por la absoluta falta de medios, de disciplina en los horarios: el tiempo es nuestro y no nosotros esclavos del tiempo. Cuando tiene que afrontar la construcción de alguna simple casita de albañilería en Fizi, la segunda misión que se le confió a 40 kilómetros de Baraka, teniendo que parar los trabajos por falta, antes de cemento y luego de ladrillos, el P. Carrara no se altera teniendo bien presente el refrán congolés que aconseja: "Lo que puedes hacer mañana no lo hagas hoy". Naturalmente no se conformará con esta mentalidad, más bien, tratará de contrarrestarla con ejemplos concretos. Justo en Fizi los Xaverianos montarán, en tres días, una casa prefabricada, con un generador de corriente eléctrica, despertando admiración y estupor entre los indígenas.

Arreglando balones super viejos

En Fizi, para vencer la desconfianza de numerosas familias animista, el P. Carrara se esfuerza por acelerar el estudio del swahili. Para crear ocasiones de socialización arregla hasta un terreno haciéndole tomar la forma de campo de fútbol. "Me pasé todo el día de ayer", informa a la familia, "arreglando dos super viejos balones que estaban rotos, pero los he logrado arreglar con dos agujas de lana y un poco de hilo de pesca; espero que aguan-

ten un poco; el balón aquí es un óptimo medio para acercarse a la gente, ya que no tienen ninguna otra diversión que nuestro campo, especialmente los domingos, pero también todas las tardes, muchos acuden a nuestro campo. Este es un modo para hacernos de amigos en el plan humano, esperando así que cuando el Señor quiera, se pueda injertar la vida divina también en los más reacios". Sabemos que amigos de Cornale de Pradalunga enviarán un par de balones de cuero, para la alegría de muchos muchachos de la misión".

El P. Carrara es también un observador atento de la realidad que lo rodea y sobre la cual se interroga. Es un ejemplo de todo esto su análisis sobre el así llamado "mal de África". "El clima es siempre óptimo y si ustedes estuvieran aquí, (el ustedes se refiere a los familiares), creo que tendrían también el mal de África.

Todos los europeos sienten este mal, que nos deja siempre, a diferencia de sus enfermedades, sin fiebre. En Uvira he conocido a un italiano que desde hace treinta años, si no me equivoco, vive aquí en el Congo y dice que ha intentado volver a Italia, para quedarse allá, pero no lo logró y ha tenido que volver aquí cuanto antes. Consiste en esto: ¡el deseo de quedarse aquí para siempre! ¿Extraño de verdad? Sin embargo, es así. Y me decía cómo no siente ningún deseo de volver a Italia, que quería morir aquí. Siempre calor, siempre bonito; podría haber de todo sin muchos esfuerzos; una naturaleza lozana, un terreno rico de cada cosa, una vida sin muchas exigencias, reducida a lo esencial... ¡un hechizo!".

Los trabajos más pesados

En los escritos del P. Carrara incluso se encuentran también consideraciones de naturaleza antropológica. "Gente sencilla", define a los congoleños, "con muchos defectos pero también virtudes, que se asombra frente a cada cosa, a cada novedad y son muchas. Casi todos los no cristianos y aquellos pocos cristianos conservan mucho de su vida pagana anterior y no les cuento más.

Ponen de acuerdo las cosas más diversas: el diablo y el agua santa que es una maravilla. Todo esto, sin embargo, no es culpa de ellos, sino del primer anuncio del cristianismo".

En cuanto al trabajo del misionero, "cuando es realmente eficiente", subraya el P. Carrara, "puede ser mucho, pero siempre será demasiado poco. Estamos rodeados por una marea de no cristianos que, además, no desean mucho convertirse. A pesar de esto en el misionero xaveriano no hay resignación ni desaliento. "En Fizi, en la Semana Santa, he confesado por más de tres horas, este hecho evidencia el escaso número de fieles. La noche de Pascua, sin embargo, nuestra iglesita estuvo hasta el tope. Fueron bautizados unos setenta catecúmenos. Dos largas filas salían del presbiterio y hasta la puerta central. Después de los bautismos hemos celebrado algunas bodas e impartido muchas bendiciones matrimoniales. Hemos cantado todo lo cantable para dar más solemnidad.

Algunos catecúmenos venían hasta de 30 kilómetros, y esperamos que, pasado mañana, volviendo a su aldea lleven un poco de entusiasmo y enciendan en otros el deseo de hacerse católicos. Se han quedado aquí en Fizi por tres semanas para una serie de instrucciones".

Las satisfacciones más grandes en cuanto a la evangelización le vienen al P. Carrara de las aldeas del interior. "Allí hay una fe que no les digo. Todos los cristianos no enfermos están presentes, algunos han hecho cuatro, cinco y también seis horas de camino; mamás con sus niños sobre la cadera, viejos con su bastón, un lisiado me dio compasión verlo caminar, venido de la misión más lejana para hacer el examen de admisión al bautismo. (...) jóvenes y ancianos que nunca han visto un padre en su aldea. Nunca ningún padre ha recorrido aquellos senderos, o visitado sus aldeas. Casi paso en triunfo, todos me siguen, me acompañan por un largo trecho: hombres, mujeres con pequeños en brazos o sobre la espalda..., llueve, me paro, luego continúo, por fin a las 5, llego".

Merece una anotación la consideración del misionero sobre la condición de la mujer congoleña; condición que, a distancia de

más de cuarenta años, parece sustancialmente idéntica. "Aquí, todos los trabajos pesados como labrar, cortar y recoger leña en los bosques, llevar pesadas cargas sobre los hombros, están reservados a la mujer".

¿Y los hombres? Un poco de pesca y mucho hacer nada.

Desafortunadamente no se entiende de otra manera a la mujer: se necesitará mucho tiempo y fatiga antes de lograr hacer comprender la dignidad de la mujer. No a las mujeres, lo que puede ser más fácil, sino a los hombres. Aquí la mujer nace y crece con la convicción de que tiene que ser siempre así y todo esto, para los hombres, es muy cómodo".

Los principales actores de la tragedia de los padres xaverianos en Congo se llaman Bufalero. Se trata de una tribu particularmente discriminada con respecto a las demás y, por lo tanto, con una gran necesidad de libertad, buscada también de modo violento. En Navidad de 1963 elementos de esta tribu se sublevan contra el propio jefe (Mwami) y las autoridades de la administración establecida por los belgas. Su tentativa fracasa; algunos de los rebeldes son apaleados, otros amonestados, pero todos enviados a su casa. Decididos a continuar con la lucha muchos se refugian en los montes. Supersticiosos, estos guerrilleros, (conocidos como Simba), se someten de buena gana a prácticas mágicas convenciéndose de que, en virtud de esto, serán invulnerables a las armas del enemigo.

Habiendo jurado retomar las hostilidades, el 15 de abril, desencadenan una furiosa ofensiva. En 10 días los rebeldes matan a todos los policías y autoridades civiles, cortando cabezas, degollando y descuartizando cuerpos. Afrontados por la armada nacional congoleña sufren algunas derrotas, pero no para hacerlos inofensivos.

La insurrección de los Bufalero, nacida como movimiento local para arreglar cuentas tribales, es, sin embargo, instrumentalizada por fuerzas externas integradas en un más amplio proyecto

bélico. Se asiste de esta forma a la progresiva amplificación del movimiento que, iniciado como "Jeunesse" bajo las insignias del Movimiento congoleño de Lumumba, se vuelve luego defensor de Pierre Mulele ("mulelistas"), para transformarse finalmente en Movimiento nacional de liberación. De movimiento espontáneo acaban así por comulgar con la causa del comunismo internacional recibiendo órdenes sea del gobierno congoleño de Brazzaville, sea de la embajada china, presente a Usumbura, (hoy Bujumbura), capital de Burundi.

La diócesis de Uvira, que limita con Ruanda y con Burundi, es invadida de lleno por la guerrilla.

Los guerrilleros se aseguran, en particular, del control de los 80 kilómetros de carretera asfaltada, (completamente construida por empresas italianas), que conecta Bukavu con Uvira y aquel tramo de la costa occidental del lago Tanganica, sobre la cual se asoman las misiones de Baraka y Fizi. El 5 de mayo de 1964 es ocupada la misión de Mulenge, a mitad del camino entre Bukavu y Uvira, y el 15 de mayo la de Uvira.

Los Xaverianos de Mulenge y los de Uvira fueron respetados; a seis de ellos se les concedió hasta trasladarse -vía lago- a Bujumbura. Las misiones más a Sur, Baraka y Fizi en cambio quedaron aisladas.

Un radiotransmisor fantasma

Por unos tres meses los guerrilleros Simba lograron controlar el territorio, sin embargo, en agosto, después de un par de ataques a Bukavu, tuvieron que registrar las primeras clamorosas derrotas. En práctica las fuerzas armadas del general Mobutu, hostiles a Lumumba y numerosos blancos despojados de sus propios bienes por mercenarios, apoyados por algunos aviones T28 y B26 de bombardeo, infligieron las primeras derrotas a los rebeldes Simba. Un agudo nerviosismo, por el miedo, empezó a serpentear también entre los Simba en las retaguardia. Las misiones de Baraka y Fizi entraron en la mira.

El P. Carrara decidió, por lo tanto, trasladarse de Fizi a Baraka para no dejar solo al Hermano Faccin. En la misión los dos religiosos xaverianos tuvieron, además, que abandonar la casa sobre la colina para vivir en la más cercana a la ribera del lago. La decisión fue tomada bajo las amenazas de los Simba quienes empezaron a acusar a los misioneros de tener contactos secretos con los soldados de Mobutu por medio de un fantasmal radiotransmisor, *foni*. En realidad los guerrilleros querían saquear la sede de la misión sobre la colina. El Hermano Faccin se ocupa enseguida de la edificación de una residencia un poquito más confortable, un poco más lejos de la iglesia nueva, cerca de la ribera del lago.

El clima hacia los religiosos se hacía cada vez más hostil. Se construyeron a propósito las acusaciones más inadmisibles contra ellos para convencer también a los más sencillos que los misioneros eran personas no confiables y peligrosas. La fobia del *foni* atormentaba a todos, jefes y simples rebeldes. Poco a poco en la cabeza de los guerrilleros se consolidó la convicción de que sus derrotas militares eran causadas por el inteligente empleo que los Xaverianos hacían del *foni*. Sobre todo al paso de los aviones el nerviosismo de los Simba estallaba en amenazas, en continuas, minuciosas inspecciones y relativos extenuantes interrogatorios.

El P. Carrara pasó el día entero en oración en la iglesia que el Hermano Faccin intentaba terminar. El altar era provisional, el suelo todavía en tierra pisoneada y el muro de la fachada incompleto, de esta forma el interior estaba completamente abierto y visible también de lejos, para quien transitaba a lo largo del camino adyacente.

A inicios de septiembre de 1964 una familia cristiana de la cercana aldea de Matara, hospedó a los religiosos en su misma choza, reservando para ellos la amplia habitación central para que pasaran ahí por lo menos la noche.

El P. Carrara y el Hermano Faccin no creyeron ya prudente dormir solos, para no despertar más sospechas en los rebeldes y

para no dar oportunidad a algún fanático de cometer un disparate en contra de ellos.

En los primeros días de octubre la fobia del *foni* se reavivó. Los únicos extranjeros que quedaron en la región fueron los misioneros. También los comerciantes árabes, al principio cómplices de la rebelión, lograron escapar, no sin antes haber desembolsado grandes sumas de dinero. Los religiosos, pues, eran la causa de sus derrotas.

El 24 de noviembre de 1964 una columna militar, procedente de Albertville, alcanza la proximidad de Lulimba, sobre el camino hacia la misión de Fizi. Un millar de rebeldes espera la columna para enfrentarlos en una emboscada, antes que pudieran alcanzar Fizi y Baraka. Los Babembe de Baraka se unieron a los Simba de la región, convencidos de arrollar fácilmente a los militares gubernamentales. Los rebeldes eran conducidos por Abedi Masanga, un Babembe del clan de los Balala, (el más hostil a los blancos y a los religiosos xaverianos), que vivía con sus tres mujeres en Katanga, una aldea a 9 kilómetros de Baraka, sobre la carretera a Fizi. Antes de darse a la política e imponerse por la conducta extremista y violenta, Masanga había trabajado también para la Misión.

Desde los primeros días de la insurrección se impuso por los robos y los arbitrarios daños en contra de familias indefensas. Organizó una pequeña, pero feroz banda y con ella se dio a tiranizar, tranquilo, en la región sin que nadie lo molestara. En pocas semanas se autoproclamó teniente, luego capitán, por fin coronel. Empedernido fumador de marihuana e insuperable bebedor de kanyanka, destilado alcohólico a base de mandioca. También aquel famoso 24 noviembre como todos sus seguidores, se había emborrachado.

Cuando la columna militar llegó al lugar preestablecido para realizar la emboscada, Masanga lanzó a sus hombres borrachos contra los autos blindados que encabezaban la columna. Fue una masacre. Los autos blindados, conducidos por expertos merce-

narios, crearon espantosos vacíos entre los rebeldes, seguido por el preciso tiro de morteros. En aquella ocasión los rebeldes asesinados fueron más de setecientos. Fue la última verdadera y gran batalla combatida por los rebeldes. Masanga se salva escondiéndose entre los cuerpos de sus seguidores. El grande y barbudo mercenario, que dirigía el tiro preciso de las ametralladoras desde la torrecilla del auto blindado, tuvo que haber sugestionado no poco a Masanga. Aquella barba, aquel rostro, en el delirio loco del miedo y la embriaguez, le habrían ciertamente recordado, otras barbas y otros rostros igualmente odiados porque le reprochaban con su desarmante serenidad, los excesos de su violencia y su crueldad.

Morir junto al hermano

Masanga vagó como un autómatas todo el 25 de noviembre por los alrededores, junto a los pocos sobrevivientes que se unieron. Hacia la tarde llegó a Fizi donde, con amenazas, le sacó dinero al P. Giovanni Didoné, que se había quedado con el P. Atanasio Joubert a custodiar la misión. Durante toda la noche con sus secuaces Masanga se va de parranda a Fizi. La mañana siguiente, bajo los efectos del alcohol y, por lo tanto peligroso también para los suyos, bajó hacia la misión de Baraka. Por el camino hizo una parada en su aldea de Katanga. Se puede entender qué pudo haber pasado desde aquel momento. Muchos deben haberse acercado a su alrededor para conocer la gesta acaecida en Lulimba. Para no perder el prestigio tuvo que haberse visto obligado a esconder la derrota, a callar a los parientes la suerte tocada a sus seres queridos. Se tenía que encontrar, lo más pronto posible, un chivo expiatorio. Debía inventarse una justificación creíble para encubrir el dramático fracaso. ¿Quién mejor que los misioneros y su diabólico *fōni* podía prestarse a la operación despiste de Masanga? Las palabras convincentes del “Coronel” fueron muy eficaces, tanto que su jeep, (botín de guerra de una anterior emboscada), se llenó inmediatamente de simbas.

Eran alrededor de las nueve de la mañana cuando, con un fuerte rechinar de frenos, el jeep se paró frente a la casita de los

padres xaverianos, al lado de la iglesia. Apareció en la puerta el Hermano Faccin: como ya había sucedido en el pasado, el religioso estaba convencido de lograr hacer razonar a los guerrilleros. Masanga se mantuvo aparte cerca del coche, mientras que otros siete u ocho Simba rodearon al Hermano Faccin. El “Coronel” empezó a sacar a flote la historia del *foní*, de la política contraria a la revolución popular.

El religioso lo dejó desahogarse preparándose a entregar dinero, según una odiosa, cuanto miserable, regla consolidada entre los “nobles” guerrilleros Simba, quienes se sentían con el derecho de sacar dinero a quienes ellos consideraban traidores u opositores de la revolución del pueblo.

Esta vez, sin embargo, Masanga no se conformó con el dinero. Le ordenó, en efecto, al Hermano Faccin subir al jeep.

El religioso obedeció pensando que tendrían que pasar delante de la iglesia donde se encontraba el P. Carrara, y así poder dar la alarma. Entonces el conductor puso en marcha el coche. El Coronel sigue a pie a los suyos. La distancia es breve. Llegados delante de la iglesia, el Hermano Faccin trata de ganar tiempo. Está solo en el coche; todos los demás han bajado. Masanga le dice que continuarán hasta Fizi.

El religioso comprende que el Coronel está a punto de cometer lo irreparable. “No puedo dejar solo al Padre en Baraka”, son sus últimas palabras. Empieza a abrir la puerta para bajar del coche. También los Simba intuyen las intenciones del jefe y se plantan delante de él para convencerlo de desistir. Masanga ya tiene en mano una pistola que apunta hacia el Hermano Faccin. El “Coronel”, cegado por el odio, amenaza también a los suyos que se hacen a un lado.

El Hermano Faccin ha puesto un pie en tierra con la intención de abandonar el coche. Tres tiros, en rápida sucesión, le perforan el tórax y se van a clavar en la puerta. El Hermano Faccin cae sobre el asiento con un gemido ahogado.

El P. Carrara, ocupado en confesar a unas ancianas, ha visto y oído todo. El Padre xaveriano se encamina hacia Masanga. Todavía tiene en el cuello la estola morada.

Viéndolo llegar con paso decidido hacia él y sus hombres, Masanga se enoja todavía más. "Te voy a llevar a Fizi para matarte con los demás Padres", le gritó el "Coronel". El P. Carrara le contesta tranquilo: "Si quieres matarme, prefiero morir aquí, junto al Hermano". Fueron sus últimas palabras, no añadió más, no esperó respuesta. Se arrodilló para orar sobre el cuerpo exánime del Hermano Faccin. Masanga le disparó un solo tiro, al pecho. El P. Carrara se desplomó por tierra y su sangre ensanchó la aureola roja, formada unos instantes antes, por la sangre de su cohermano Vittorio Faccin. De los objetos personales del P. Carrara quedó el Breviario, encontrado unos meses después de su muerte, por el padre xaveriano De Zen.

El separador indica las Vísperas del 28 de noviembre de 1964. Veinte meses antes de morir, en una carta enviada a la familia con fecha del martes 12 de marzo de 1963, el P. Carrara escribió. "¡Oren! ¡Hagan orar! Ya que como su cristianismo es fruto de tantas otras vidas, así este, alcance la plenitud de la perfección cristiana lo antes posible, encontrando vidas y víctimas requeridas". Palabras, estas, que aparecen hoy con toda su fuerza profética, impresas en el testamento de un mártir por la fe.

Índice

El pelirrojo	5
Aquel fatídico 1933	6
Un inquieto ángel custodio	7
La gloria de don David	9
Confiado a las mejores manos	11
¡Por fin se parte!	14
Sumergido en la nueva cultura	17
Arreglando balones super viejos	24
Los trabajos más pesados	25
Un radiotransmisor fantasma	28
Morir junto al hermano	31

